



**RAFAEL PALMERO RAMOS  
OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE**

**Y EL VERBO SE HIZO CARNE**

Celebrar la Navidad es sumergirnos en lo más íntimo del Corazón de Dios que, por amor a los hombres, se despoja de su divinidad y quiere “plantar su tienda entre nosotros”. Celebrar la Navidad es recordar, año tras año, que para Dios cada ser humano tiene inmenso valor. Él nos ha enviado a su Único Hijo, “Camino, Verdad y Vida” (Jn 14, 6), para enseñarnos la senda verdadera que nos lleva a la Vida, es decir al Padre, al cielo, a la mansión de los bienaventurados.

Uno de nuestros grandes poetas, Luis de Góngora, escribió que existe más distancia de Dios al hombre, que del hombre a la muerte. Es cierto, resulta fácil explicar que Jesucristo, siendo “verdadero hombre”, entregó su vida para redimirnos del pecado con su muerte en la Cruz. Imposible explicar, en cambio, con razonamientos puramente científicos el hecho de su Resurrección, si no es desde la fe. Quizá sea porque experimentamos un profundo vértigo al introducirnos en el misterio de la Encarnación y del Nacimiento de un Niño que, recostado en un pesebre, se nos da como el Salvador del mundo, “luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel” (Lc 2, 32).

Ante este misterio debemos imitar a los pastores de Belén y a los magos venidos de Oriente: ponernos de rodillas ante el Mesías, el Señor, ante “el Sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte” (Lc 1, 78-79). Y ofrecerle nuestros presentes, con un humilde y sencillo testimonio de gratitud. Adorarlo y callarnos ante el Verbo que se ha hecho Infante, es decir: “el que habla” (el Verbo). Palabra que se ha transformado en “el que no habla” (in-fante)... Hasta este punto ha llegado el Hijo de Dios en su despojamiento y humildad, en su *kénosis* y anonadamiento.

Dios, que en su benevolencia infinita, ha mostrado tanto amor por los hombres, en Navidad nos indica cuál ha de ser nuestra preocupación como hijos suyos. Bellamente lo expresó el Concilio Vaticano II con estas palabras: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS 1).

Con el mejor deseo de que tengáis todos una feliz y santa Navidad, recibid mi bendición y un saludo afectuoso,

+ Rafael Palmero Ramos  
Obispo de Orihuela-Alicante

Alicante, 12 de octubre de 2006  
Fiesta de Ntra. Sra. del Pilar.